

# FELIPE PIGNA

## MANUEL BELGRANO

VIDA Y PENSAMIENTO DE  
UN REVOLUCIONARIO



**Felipe Pigna**

Manuel Belgrano

Vida y pensamiento  
de un revolucionario



## El joven Manuel ilustrado

Las «luces» de la Ilustración y las sombras del absolutismo se entremezclaban de manera particular allá por 1770.

A diecisiete kilómetros de París, en el palacio de Versalles, la corte francesa celebraba fastuosamente el matrimonio del Delfín, forma zoológica de llamar al príncipe heredero. Luis Augusto, el futuro rey Luis XVI, se casaba con una princesa austríaca de la Casa de Habsburgo, María Antonia Josefa Juana de Habsburgo-Lorena. Para abreviar, la inquieta muchachita pasaría a la historia como María Antonieta y, al igual que su marido, acabaría perdiendo el reino y la cabeza. No los unía el amor, tampoco el espanto. Según la usanza de la época, la boda fue arreglada por sus respectivos y absolutistas padres para cimentar las buenas relaciones entre dos de las grandes potencias europeas para lo cual poco importaba que el novio tuviera 15 años y la novia, 14.

Acatando la estricta etiqueta «real», esa noche la flamante pareja y un selecto grupo de veinte miembros de la realeza permitieron que los demás seis mil aristocráticos invitados los vieran comer. Fuera del palacio, la gran mayoría del «pueblo llano» también ayunaba, eso sí, involuntariamente y no precisamente por razones de protocolo sino para pagar con su miseria esa y otras tantas fiestas cortesanas.

Mientras tanto, en la Inglaterra también monárquica pero al menos parlamentaria, la Revolución Industrial aceleraba el ritmo de los tiempos. El año anterior se habían patentado dos invenciones cuyo desarrollo permitiría la expansión de la producción fabril: James Watt registró su primera máquina a vapor y Richard Arkwright, su hiladora hidráulica *Water Frame*. Estas novedades mejoraban inventos anteriores y respondían a las necesidades de la industria textil inglesa, que ya venía convirtiendo en proletarios<sup>1</sup> asalariados a los antiguos

---

<sup>1</sup> Aquellas personas cuyo único capital es su prole, su familia.

artesanos de hilanderías y tejedurías. La inventiva también brotaba en Francia, donde el ingeniero Joseph Cugnot diseñaba y construía el primer automóvil a vapor con capacidad para cuatro pasajeros y una asombrosa velocidad de 4 kilómetros por hora. Los periódicos británicos, como *The London Gazette*, se ocupaban de noticias más candentes que llegaban del otro lado del Atlántico: en la puritana ciudad de Boston, las tropas de «Su graciosa Majestad» británica habían disparado sus fusiles contra un grupo de vecinos, con un saldo de cinco muertos. La «Masacre de Boston», producida el 5 de marzo de 1770, marcaba un punto de inflexión en las protestas contra las nuevas cargas fiscales, que en pocos años llevarían al inicio de la lucha por la independencia de las colonias norteamericanas. Practicando la inveterada y perdurable costumbre de que otros paguen los platos que ella rompía, la corona británica había creado nuevos impuestos en 1766, para afrontar el costo de la recientemente concluida Guerra de los Siete Años (1756-1763) con Francia y España que, al igual que las guerras que las enfrentarían luego y que, más allá de los «nobles» objetivos proclamados, había tenido por fin estratégico ampliar los mercados coloniales para la naciente industria inglesa. Ese objetivo imperial se complementaba con expediciones geográficas, a veces disfrazadas de científicas y otras explícitamente de conquista, por todo el planeta. Ese año de 1770, el marino James Cook llegaba a las costas de Tasmania y Australia en Oceanía, reconociendo la que llamó *Botany Bay* (bahía de Botánica), donde luego se asentaría la actual ciudad de Sydney.

En España reinaba un tío Borbón lejano del Delfín francés, Carlos III, un «ilustrado» que despóticamente en aquel año prohibía por real cédula el uso de las lenguas indígenas en sus dominios americanos, lo que provocaría movimientos de protesta en Nueva Granada y en el Perú.

Carlos también se preocupaba por su vasto imperio a fin de preservarlo, exprimirlo lo más posible y consolidar sus fronteras ante la expansión británica. Como resultado del tratado que había puesto fin a la Guerra de los Siete Años, Francia le había cedido a España su colonia norteamericana de Luisiana, que ahora Carlos III intentaba reordenar, al tiempo que buscaba hacer efectiva la ocupación de California, sobre la costa del Pacífico. Como en 1767 había ordenado la expulsión de los jesuitas de todos sus territorios, para crear las misiones que contuviesen a los pueblos originarios en esa vasta región no le quedó más remedio que enviar a frailes franciscanos.

En el otro extremo del continente, las fuerzas españolas estaban guerreando contra los pueblos pehuenche, ranquel, pampa y tehuelche, que resistían tenaz y heroicamente un nuevo avance del imperio hispano en la «frontera sur» a expensas de sus tierras. El tratado de paz que el estanciero y comandante de milicias Manuel de Pinazo firmó en 1770 con los caciques pampa en la Laguna de los Huesos (provincia de Buenos Aires) y el establecido al año siguiente con los pehuenches (que fijó al Bío-Bío como límite sur de Chile) serían acuerdos parciales y temporarios en un enfrentamiento de larga duración. El mismo Pinazo, ese año, atacó a las comunidades tehuelche de la Sierra de la Ventana.

También la rivalidad entre España e Inglaterra se hacía sentir en el extremo sur de América. Enviado por el gobernador Francisco de Paula Bucarelli, en enero de 1770 zarpó de Buenos Aires el capitán José Goicochea en una expedición para reconocer las costas patagónicas y, desde allí, emprender el viaje a las Malvinas, donde subrepticamente los ingleses habían establecido el apostadero de *Port Egmont* (Puerto de la Cruzada en la cartografía española), en la pequeña isla Trinidad (*Saunders*, en los mapas ingleses). Goicochea desalojó a los intrusos, que regresarían dos años después y finalmente abandonarían el lugar en 1774.

Sin embargo, no todo eran muestras de expansión imperial y colonialismo. En 1770 aparecieron dos libros que mostraban las «luces» de la Ilustración: *Sistema de la naturaleza*, del alemán Paul Henri Thiry, barón de Holbach (1723-1789), y las *Confesiones*, del ginebrino Jean-Jacques Rousseau.<sup>2</sup> Al mismo tiempo, continuaba la publicación de los 35 tomos de la *Enciclopedia, o diccionario razonado de las ciencias, artes y oficios*, iniciada en 1751 y que se completaría en 1772.<sup>3</sup> Holbach y Rousseau habían colaborado en esta gran obra del pensamien-

---

<sup>2</sup> Juan Jacobo Rousseau (1712-1778) fue un pensador distinto, el primero de su tiempo en abordar la problemática social. Entendió que solo el pueblo tiene derecho a decidir sobre su destino y, por lo tanto, el pueblo es soberano. En su obra política más famosa, *El contrato social*, antepuso los intereses de la sociedad a los del individuo que no condujeran al bien común, afirmando que «el orden social es un derecho sagrado que sirve de base a todos los demás». Además, sostuvo que la soberanía, el último poder de decisión, debe estar en manos de la voluntad general. Esto significaba que unos pocos no podían resolver por todos, como era la práctica cotidiana del absolutismo que reinaba entonces.

<sup>3</sup> La *Enciclopedia* contenía diecisiete tomos de texto, once de grabados, cuatro de suplementos de texto y uno de grabados, y dos de índices.

to ilustrado dirigida por Denis Diderot (1713-1784) y Jean Le Rond d'Alembert (1717-1783). Claro que todos estos escritos de inmediato pasaron a engrosar las largas listas del *Índice de libros prohibidos* por la Iglesia católica, cuya jerarquía era celosa custodia ideológica y beneficiaria directa del absolutismo. Esto no impedía que muchos fieles, incluido más de un clérigo, viesan con buenos ojos las «nuevas ideas» y las difundiesen en los reducidos círculos «cultos» de entonces, cuando la inmensa mayoría de la población, marginada tanto en las metrópolis como en las colonias, tenía vedado el acceso a la educación.

Y, como todos los años, llegaban nuevos niños al mundo. 1770 fue especialmente agraciado para Alemania, entonces fragmentada en numerosos reinos, ducados, principados y otros pequeños estados. Ese año nacieron quienes, con el tiempo, marcarían la transición artística e intelectual entre el neoclasicismo del siglo XVIII y el romanticismo del siglo XIX, y no solo en la cultura alemana: el poeta Friedrich Hölderlin (1770-1843), el filósofo Georg Wilhelm Friedrich Hegel (1770-1831) y nada menos que el genial músico Ludwig van Beethoven (1770-1827).

Muy lejos de allí en la colonial Buenos Aires, el domingo 3 de junio de 1770 llegaba a este mundo de luces y sombras Manuel Belgrano.

### *Un bautismo tradicional e ilustrado*

Desde la escuela primaria, a buena parte de los argentinos se nos enseñó, quizá para darle una «nota de color» al asunto, los sonoros y abundantes nombres con que fue bautizado Belgrano: Manuel José Joaquín del Corazón de Jesús. En cambio, rara vez se nos contó que esa costumbre de descargar sobre la criatura medio santoral católico era característica de las familias de elite de la época, y entre los varios motivos para ello, como quedar bien con parientes o relaciones, moda y gusto, el más importante era el de poner al chico bajo el amparo de una buena cantidad de santos, advocaciones e invocaciones a la providencia divina. Más que una curiosidad, era una muestra «devota» de la aprensión de sus padres ante una realidad muy cotidiana en esos tiempos: la muy alta mortalidad infantil que era escandalosa entre los pobres pero de la que no estaban libres ni siquiera las familias más acomodadas.

Como veremos, tal era el caso de la familia Belgrano. Quizá más que la abundancia de nombres de pila, sea conveniente rescatar otros

datos sobre su bautismo. Ante todo, que se celebró al día siguiente de nacer, otra muestra del sagrado terror que producía en los devotos creyentes la alta probabilidad de que la criatura muriese sin «acristianar», quedando así condenado a pasar la eternidad en el «limbo», sin posibilidad de entrar al Paraíso prometido a los fieles. Más interesante aún es recordar quién celebró esa ceremonia: el entonces provisor y vicario general de la diócesis de Buenos Aires, Juan Baltasar Maciel (o Maziel, como figura en los documentos de la época).

Nacido en Santa Fe de la Veracruz en 1727, formado como sacerdote en Córdoba y como abogado en Santiago de Chile, Maciel es uno de los personajes más extraños de la colonia a la que empezaban a llegar los aires de la Ilustración. Fue conocido como «el maestro de la generación de Mayo».

Fue miembro del Santo Oficio, la temida Inquisición, y, pese a que no correspondía que lo hiciera por su condición sacerdotal, actuó como abogado en asuntos civiles en Buenos Aires, hasta que se le prohibió el ejercicio de la profesión. El gobernador Bucarelli lo nombró vicario de la diócesis porteña; en cambio, tuvo malas relaciones con Pedro de Cevallos, tanto cuando fue gobernador como luego cuando se convirtió en el primer virrey del Río de la Plata. Quitado del cargo diocesano, el entonces gobernador Juan José de Vértiz lo nombró regente de estudios del Real Colegio de San Carlos en 1773, hasta que en 1787 el virrey Loreto lo consideró peligroso por su «conducta inquieta y revoltosa» y lo desterró a Montevideo. Desde allí le escribió al rey Carlos III un alegato donde decía: «Mi verdadero crimen es, Señor, en el concepto de vuestro virrey, el no haberme prostituido a su lisonja».<sup>4</sup> Morirá en la ciudad oriental en 1788, poco antes de que llegase la respuesta real a su apelación, en la que se lo absolvía de culpa y cargo. Era considerado uno de los hombres más «cultos» de la colonia, y su biblioteca era la más nutrida de Buenos Aires, con 1.009 volúmenes sobre teología, historia, literatura, derecho, geografía y ciencias físicas, incluidas obras de autores prohibidos, como Bayle y Voltaire.<sup>5</sup> Como si eso no bastase, Maciel fue autor del primer ejemplo conocido de poesía gauchesca, «Canta un guaso en estilo campestre

---

<sup>4</sup> Elías Díaz Molano, *Manuel Belgrano en España. Sus estudios de derecho y economía política*, Plus Ultra, Buenos Aires, 1984, pág. 22.

<sup>5</sup> Alejandro Korn, «Las influencias filosóficas en nuestra evolución nacional», en *Anales de la Facultad de Derecho*, tomo IV, 2ª serie, Buenos Aires, 1914.

los triunfos del Excmo. Señor Don Pedro de Cevallos», escrito en 1777; su primer verso resonará dejando una larga huella en nuestra cultura; allí escribió para la posteridad: «Aquí me pongo a cantar...»

Como se ve, ya desde su bautismo, lo tradicional y las novedades de la Ilustración se entremezclaban en la vida de Manuel Belgrano.

### *De la Liguria al Plata*

El padre del bautizado, don Domenico Belgrano Peri, era por entonces un rico comerciante que había llegado de Europa unas dos décadas atrás. El hombre que castellanizó su nombre y pasó a ser conocido como Domingo Cayetano Francisco Belgrano Pérez, había nacido en Oneglia el 15 de julio de 1730.<sup>6</sup> Esta ciudad de la Riviera italiana, a unos 120 kilómetros al oeste de Génova, desde la Edad Media había pasado muchas veces de mano, al ritmo de las guerras y tratados de paz, matrimonios dinásticos y cambios de feudos, hasta que en el siglo XVII quedó dentro de los dominios del Ducado de Saboya, que para cuando nació Domenico se había convertido en el Reino de Cerdeña.<sup>7</sup> Dos siglos después, en 1923, Benito Mussolini uniría a Costa Oneglia y otros diez antiguos municipios de la comarca para formar la actual ciudad de Imperia, capital de la provincia del mismo nombre en la región de Liguria. Hoy, la provincia de Imperia, limítrofe con Francia, es conocida sobre todo por sus balnearios de San Remo, que cobró mayor renombre en los 60 por su festival musical, y Ventimiglia. Cuando nació Domenico Belgrano, en cambio, Costa Oneglia y su comarca eran famosas por el comercio de aceites y por haber sido la cuna de

---

<sup>6</sup> En la actual Imperia, un bello mural emplazado en el Concejo Deliberante que recuerda la historia del lugar, incluye en su ángulo superior izquierdo una imagen ecuestre de nuestro Manuel Belgrano. En Oneglia un busto y una calle lo recuerdan y en la vecina Puerto Mauricio hay otro busto emplazado en la Costanera. Para ampliar, véase la nota de Nanzi Sobrero de Vallejo, «Costa D'Oneglia, cuna de los Belgrano», diario *El Litoral* de Santa Fe, sábado 25 de febrero de 2012.

<sup>7</sup> Nombre adoptado por el antiguo Ducado de Saboya en 1720. Incluía, además de Saboya y Cerdeña, el Piamonte y el condado de Niza (hoy dentro de Francia). Dividido en varias repúblicas por Napoleón desde fines del siglo XVIII, en 1814 el Congreso de Viena lo restauró, anexionándole además la antigua República de Génova. A lo largo del siglo XIX, el Reino de Cerdeña se convirtió en el eje de la unificación italiana, bajo una monarquía constitucional regida por la Casa de Saboya.

Andrea Doria, célebre almirante que en el siglo XVI había combatido la expansión del Imperio Otomano en el Mediterráneo, sucesivamente al servicio de Génova, Francia y España.

Los estudiosos de genealogías han rastreado los apellidos Belgrano y Peri hasta el siglo XVI y su información sugiere que se trataba de familias de la burguesía comercial de Oneglia.<sup>8</sup>

No son claros, en cambio, sobre el momento preciso en que Domenico Belgrano Peri emigró, primero a Cádiz y luego a la remota Buenos Aires.<sup>9</sup>

El primer dato corroborado sobre su presencia en el Río de la Plata está fechado el 29 de septiembre de 1754, cuando ingresó en la Venerable Orden Tercera de Santo Domingo,<sup>10</sup> una de las «ramas laicas» de las órdenes religiosas en las que, como era habitual entonces, expresaban su devoción los miembros de las clases «acomodadas». El propio Domenico, al pedir en 1767 su carta de naturalización, con la cual se convertiría en súbdito español de pleno derecho, afirmaba estar establecido en Buenos Aires hacía 16 años, lo que indicaría como fecha de arribo el año 1751.<sup>11</sup>

---

<sup>8</sup> Véase Raúl A. Molina, «Genearquía y genealogía de Belgrano», revista *Historia*, N° 20 (Colección Mayo, III: *Belgrano*), Buenos Aires, 1960, pág. 31 y ss., que reproduce la «Genearquía» de Juan B. [Giovann Battista] di Crollanza, un renombrado genealogista italiano del siglo XIX, que ya en 1874 había publicado el folleto *Il generale argentino D. Emanuele Belgrano e sua origine italiana* (que ese mismo año Aurelio Prado y Rojas tradujo y dio a conocer como *El general D. Manuel Belgrano, noticia biográfica*, Imprenta de El Orden, Buenos Aires, 1874). La publicación original de la «Genearquía» de Di Crollanza es de 1878.

<sup>9</sup> Tanto Di Crollanza como Bartolomé Mitre (*Historia de Belgrano y de la independencia argentina*), suponen que Domenico Belgrano Peri salió de Oneglia en 1750, y Mitre afirma que permaneció en Cádiz nueve años, dedicado al comercio, con lo que habría arribado a Buenos Aires en 1759. Esta última fecha es incorrecta, aunque ha sido repetida acríticamente por sucesivos autores hasta la actualidad, a pesar de numerosas publicaciones de datos más precisos. Una prueba de este error es que se casó en 1757, ya establecido en Buenos Aires.

<sup>10</sup> Fray Rubén González O.P., «El General Belgrano y la Orden de Santo Domingo», folleto publicado por la Universidad del Norte Santo Tomás de Aquino, San Miguel de Tucumán, 2000, pág. 3, donde cita el *Primer Libro de asientos* del Archivo de la Venerable Orden Tercera de Santo Domingo. El artículo de fray González fue publicado por primera vez en la revista *Historia*, N° 20, cit., pág. 67 y ss. Ese autor supone que don Domenico «llegó a Buenos Aires hacia 1753».

<sup>11</sup> Mario Belgrano, *Belgrano*, Imprenta de Gerónimo Pesce, Buenos Aires, 1927, pág. 7-8. En 1769 reiteró la solicitud, que le fue otorgada. Los documentos se encuentran en el Archivo General de Indias, Sección P, Audiencia de Buenos Aires,

Los motivos de su partida de Oneglia, en cambio, son fáciles de suponer. Desde que en 1717 se había trasladado a Cádiz la Casa de Contratación que regulaba el tráfico de personas y mercaderías desde y hacia las colonias españolas, la ciudad se había convertido en el principal centro portuario de España y uno de los grandes emporios comerciales europeos. En la bella Cádiz tenían su sede central importantes representaciones de las casas que operaban en el comercio con «las Indias» y en el Mediterráneo. En aquella España que estaba tan lejos de tener un perfil industrial, gran parte de las mercaderías enviadas desde la metrópoli a sus colonias eran producidas en los más diversos países europeos, y Cádiz era el centro de distribución donde se concentraba ese tráfico y también el de los productos llegados de América que luego circulaban por Europa: principalmente, cacao, azúcar, cueros y, en especial, la plata y el oro «indianos». Muchos comerciantes franceses, genoveses, napolitanos y de otras procedencias estaban asentados en Cádiz, por entonces la ciudad más cosmopolita de España, y sus intereses se vinculaban, por medio de agentes, representantes o socios, con el otro lado del Atlántico. Era, además, un «semillero» de futuros comerciantes que, iniciándose muy jóvenes como dependientes y empleados de esas casas, aprendían el «oficio» para luego matricularse y dedicarse a los negocios por su cuenta, aunque por lo general conservando cierta relación con sus antiguos patrones, con los que por otra parte solían tener algún grado de parentesco o de larga vinculación entre familias. Para muchos de esos «aprendices de mercaderes», la oportunidad de prosperar, aunque muy riesgosa, estaba en establecerse en las colonias, en «hacer la América».

Este fue el caso de Domenico, que se afincó en una Buenos Aires que comenzaba a cobrar relevancia mercantil. Aunque su puerto recién sería plenamente habilitado para el comercio regular<sup>12</sup> en 1778,

---

Consultas, Reales Resoluciones y Nombramientos, Años 1769-1799, N° 122-3-13. Véase también Laureano Robles Carcedo, «Unamuno y los estudios del general Belgrano», ponencia en las «V Jornadas sobre la presencia universitaria española en América: universidad y colegios universitarios en la época postcolonial (1760-1830)», Alcalá de Henares, noviembre de 1991, en revista *Estudios de Historia Social y Económica de América*, N° 9 (1992), pág. 318.

<sup>12</sup> El Reglamento y Aranceles Reales para el Comercio Libre de España a Indias, promulgado por el rey Carlos III, habilitó a 13 puertos de España a comerciar con 24 puertos americanos, entre ellos Buenos Aires.

ya hacía tiempo que el sistema de los «navíos de registro»<sup>13</sup> venía aliviando el carácter cerrado del sistema que obligaba a comerciar absurdamente a través de Lima. Desde 1702, cuando se estableció en Buenos Aires el «asiento de negros» convirtiéndola en plaza privilegiada de la inhumana trata de esclavos destinados mayoritariamente a las minas de Potosí, su actividad mercantil venía creciendo. La Corona, sus funcionarios y los «pícaros» de siempre habían convertido a Buenos Aires en una ciudad tramposa y hacia mediados del siglo XVIII, entre el 70 y el 80 por ciento de este comercio era ilegal y estaba representado por el contrabando casi oficial que se realizaba principalmente a través de la vecina Colonia del Sacramento, todavía en manos portuguesas y que en la práctica constituía un «complejo portuario rioplatense» con Buenos Aires y Montevideo.<sup>14</sup>

Antes de convertirse en capital de un virreinato en 1776, la importancia de Buenos Aires se basaba en ser la puerta de acceso de la vasta región sudamericana que incluía las entonces gobernaciones del Río de la Plata, Asunción del Paraguay y Tucumán, que a su vez se vinculaban a través del Corregimiento de Cuyo con Chile, hacia el oeste, y hacia el norte con las provincias del Alto Perú (la actual Bolivia), entonces las más ricas y pobladas de la región, por la producción de plata de Potosí, a las que se destinaba una parte importante de las producciones locales y de las importaciones llegadas de Europa. Los vínculos de negocios con las casas de Cádiz y con los comerciantes y agentes de todo el interior de la región, a lo largo del siglo XVIII dieron un papel

---

<sup>13</sup> Buques especialmente autorizados por la Corona española a viajar con mercaderías y pasajeros.

<sup>14</sup> Para una síntesis sobre el comercio porteño y el contrabando en los siglos XVII y XVIII puede verse Zacarías Moutoukias, «Comercio y producción», en Academia Nacional de la Historia, *Nueva Historia de la Nación Argentina*, Planeta, Buenos Aires, 1999, tomo 3, pág. 72-90. Sobre la trata de esclavos y su incidencia en el comercio rioplatense, entre otros: Diego Luis Molinari, *La trata de negros. Datos para su estudio en el Río de la Plata*, Universidad de Buenos Aires, Facultad de Ciencias Económicas, Buenos Aires, 1944; Elena S. F. de Studer, *La trata de negros en el Río de la Plata durante el siglo XVIII*, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 1958, y Ricardo Rodríguez Molas, «Itinerario de los negros en el Río de la Plata», *Todo es Historia*, N° 162, Buenos Aires, 1981. Sobre el papel de Colonia, véase Fernando Jumar, «Colonia del Sacramento y el complejo portuario rioplatense, 1716-1778», en Hernán Silva (ed.), *Los caminos del Mercosur. Historia económica regional. Etapa colonial*, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, México, 2004, pág. 163 y ss.

económico preponderante a los mercaderes<sup>15</sup> porteños, en su mayoría nacidos en Europa. Para mediados de ese siglo, ya formaban el sector más rico y «de mayor figuración» en Buenos Aires, donde controlaban el Cabildo y tenían trato cotidiano con las autoridades coloniales, con las que hacían negocios legales e ilegales indistintamente.

Con el Reglamento de Libre Comercio de 1778, el contrabando fue dejando de ser la principal actividad económica de Buenos Aires y se fue imponiendo lentamente el comercio legal. Crecieron notablemente las exportaciones, lo que estimuló el desarrollo de actividades destinadas a la venta al exterior como las crines y colas de caballos, pieles de Chinchilla, zorro, nutria, venado e incluso de perro y comenzó a exportarse a La Habana harinas, sebo, tasajo y manzanas.

Domingo Belgrano se integró rápidamente a esa elite mercantil que, gracias a su participación en el monopolio entre España y América y en el comercio intrarregional, se enriquecía en las últimas décadas del dominio colonial. Escuetamente, Manuel dirá: «La ocupación de mi padre fue la de comerciante, y como le tocó el tiempo del monopolio, adquirió riquezas para vivir cómodamente y dar a sus hijos la educación mejor de aquella época».<sup>16</sup>

### *Familia numerosa*

En la Buenos Aires de entonces, los comerciantes europeos eran considerados «muy buen partido» para sus hijas por las familias de la elite criolla de más antigua radicación.<sup>17</sup> Domingo Belgrano no fue la excepción, y el 4 de noviembre de 1757, se casó en la iglesia de la Merced con María Josefa González Casero, muchacha de 15 años,<sup>18</sup>

---

<sup>15</sup> Denominación que recibían entonces los grandes comerciantes mayoristas.

<sup>16</sup> Manuel Belgrano, «Autobiografía del General Don Manuel Belgrano, que comprende desde sus primeros años (1770) hasta la Revolución del 25 de mayo», en *Autobiografía y escritos económicos*, estudio preliminar de Felipe Pigna, Biblioteca Bicentenario, Emecé, Buenos Aires, 2009, pág. 52.

<sup>17</sup> Véanse los estudios, ya clásicos, de Susan Socolow, «Parejas bien constituidas. La elección matrimonial en la Argentina colonial, 1778-1810», en *Anuario IEHS*, N° 5, Tandil, 1990, y *Los mercaderes del Buenos Aires virreinal: familia y comercio*, De la Flor, Buenos Aires, 1991.

<sup>18</sup> Mario Belgrano, op. cit., pág. 8. La llegada al Río de la Plata de los antepasados de María Josefa se remontaba al siglo XVII.

edad «núbil» bastante habitual para las mujeres de entonces, cuando se esperaba de ellas que tempranamente diesen a luz muchos hijos, teniendo en cuenta la alta mortalidad infantil.<sup>19</sup>

María Josefa, una bella santiagueña, cumplió con ese «dictado», trayendo al mundo nada menos que dieciséis criaturas, tres de ellas muertas en la infancia.<sup>20</sup> La muchacha sabía leer y escribir, algo que todavía no estaba tan extendido entre las mujeres porteñas de su generación, incluso las de la elite.

Entre los antepasados de la madre de Belgrano se destacaban dos sacerdotes: el licenciado Juan Guillermo Gutiérrez González y Aragón y su hijo don José González Islas. El primero era el bisabuelo y el segundo, el tío abuelo de Manuel, y ambos se destacaron por su obra de beneficencia, a tal punto que a Juan Guillermo lo llamaron el «Apóstol de la Caridad de Buenos Aires». El elogio se lo ganó durante la epidemia de tifus de 1727 cuando convenció al obispo Pedro Fajardo y al gobernador Bruno Mauricio Zabala de fundar una Hermandad de la Santa Caridad que bregara por la inauguración de un cementerio para pobres, un hospital de mujeres y un colegio para las niñas huérfanas.<sup>21</sup>

### *Un hogar muy religioso*

Los Belgrano eran una familia sumamente religiosa y muy vinculada a la Orden de los Predicadores, más conocida como de Santo Domingo.<sup>22</sup> Esta fue la primera congregación religiosa que trajo misioneros

---

<sup>19</sup> Véase Felipe Pigna, *Mujeres tenían que ser. Historia de nuestras desobedientes, incorrectas, rebeldes y luchadoras. Desde los orígenes hasta 1930*, Planeta, Buenos Aires, 2011, pág. 111-112.

<sup>20</sup> Los demás integrantes de esta más que numerosa familia fueron María Florencia, nacida el 12 de noviembre de 1758, fallecida posiblemente en 1777, tras dar a luz a su único hijo; Carlos José (1761-1814), José Gregorio (1762-1823), María Josefa Anastasia (1767-1834), Domingo José Estanislao (1768-1826), Manuel José Joaquín del Corazón de Jesús (1770-1820), Francisco José María (1771-1833), Joaquín Cayetano Lorenzo (1773-1848), María del Rosario (1775-1816), Juana María (1776, fallecida después de 1815), Miguel José Félix (1777-1825), Juana Francisca Josefa (1779-1835) y Agustín Leoncio José (1781-1810).

<sup>21</sup> Aníbal Jorge Luzuriaga, *Manuel Belgrano. Estadista y prócer de la independencia hispanoamericana*, Universidad de Morón, Buenos Aires, 2004, pág. 19.

<sup>22</sup> Por su fundador, Santo Domingo de Guzmán (1170-1221), fraile castellano que estableció su primer convento en 1215. Fue canonizado en 1234.

a América durante la conquista. En su historial muestra la curiosa paradoja de haber contado entre sus miembros a los primeros europeos que denunciaron el genocidio que sus compatriotas estaban perpetrando contra los pueblos originarios de nuestro continente, como fueron los casos de fray Bartolomé de las Casas y fray Antonio de Montesinos,<sup>23</sup> y a teóricos que sostuvieron el derecho natural de las naciones al autogobierno, como fray Francisco de Vitoria, y al mismo tiempo ser la encargada del Tribunal del Santo Oficio. Como ya se mencionó, Domingo Belgrano ingresó en la Orden Tercera de los Dominicos a poco de llegar a Buenos Aires, y en 1760 lo hizo también su esposa. Los dos llegaron a ser priores de las ramas masculina y femenina de esa orden de laicos y fueron miembros de la cofradía del Rosario, también vinculada a los dominicos.<sup>24</sup>

La gran casona familiar se encontraba sobre la entonces calle de Santo Domingo, en lo que hoy es avenida Belgrano 430.<sup>25</sup> Cruzando la calle Mayor o de San Martín (la actual Defensa), se estaban realizando las obras para construir el templo de Santo Domingo (la actual basílica de Nuestra Señora del Rosario), que estará estrechamente ligado a la vida de Belgrano y su familia.

Justamente cuando Domenico llegó al Río de la Plata, en 1751, se había puesto la piedra fundamental del nuevo templo, en reemplazo del levantado en el siglo XVII, mucho más pequeño. Pero las obras se demoraron, algo que ya era habitual en la Buenos Aires de entonces. La iglesia recién pudo ser consagrada en 1783, con la única torre que tuvo hasta 1849, como puede verse en las famosas acuarelas de Emeric Essex Vidal, de 1817, y de Carlos Enrique Pellegrini, de 1830. Las obras del convento de los dominicos recién se completaron en 1805.<sup>26</sup>

---

<sup>23</sup> Véase al respecto *Mitos de la historia argentina 1. De los pueblos originarios y la conquista de América a la Independencia*, Planeta, Buenos Aires, 2009, pág. 55-62.

<sup>24</sup> Rubén González, op. cit., pág. 3 y 4. El uso del rosario había sido introducido en el culto católico por Santo Domingo de Guzmán, y los dominicos fueron sus principales difusores.

<sup>25</sup> La casa, como otras del barrio, fue demolida en 1872, al año siguiente de la trágica epidemia de fiebre amarilla. En 1940 se inauguró en ese solar el edificio *Calmer*. De estilo racionalista, fue diseñado por el arquitecto Leopoldo Schwarz y hoy puede verse en su frente una placa que recuerda que allí nació y murió Manuel Belgrano.

<sup>26</sup> Véase Mario J. Buschiazzo, «El templo y convento de Santo Domingo en Buenos Aires», *Anales del Instituto de Arte Americano e Investigaciones Estéticas* (Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la Universidad de Buenos Aires), N° 4, 1951,

Los fondos fueron aportados por ricos comerciantes que eran miembros de la Orden Tercera de Santo Domingo, como el ya acriollado Domingo Belgrano y Juan de Lezica. Los Belgrano González volverían a contribuir años después, en 1814, cuando el prior dominico, Juan Nepomuceno Chorroarín, realizó una colecta para reparar los techos de la iglesia y completar el atrio.<sup>27</sup>

### *El barrio de Belgrano*

El barrio donde habitaban los Belgrano, llamado entonces de Santo Domingo (hoy, parte de Monserrat), abarcaba la iglesia de San Ignacio, en las actuales Defensa y Alsina y los conventos de San Francisco y Santo Domingo. Sus calles no tuvieron en muchos casos asignado un nombre oficial hasta mediados del siglo XVIII, así que cuando el pequeño Manuel empezó a corretear por allí, las callejuelas comenzaron a nombrarse y, por ejemplo la actual Defensa era la calle de San Martín, en honor al santo de Tours, patrono de la ciudad. La calle más elegante de aquel barrio de gente pudiente era la actual Venezuela, Del Rosario por entonces, poblada de enormes casonas con sus frentes siempre blanqueados y amplios fondos cubiertos de frutales que separaban las salas y habitaciones principales de la cocina y los lugares destinados a los esclavos.

La mayoría de las calles del barrio de Manuel tenían nombres religiosos. La que hoy lleva su nombre era Santo Domingo, la paralela a Belgrano hacia la Plaza, actual Moreno, se llamaba de San Francisco; la siguiente, hoy Alsina, era la de San Carlos, y llegando a la Plaza Mayor, luego de la Victoria y hoy Plaza de Mayo, la calle que hoy conocemos como Hipólito Yrigoyen era Cabildo. Si tomáramos para el otro lado de la casa de Manuel, llegaríamos a la primera paralela, la

---

pág. 62 y ss. Según denunciaban los religiosos, en un pleito iniciado en 1756, el arquitecto piamontés Antonio Masella, encargado del proyecto y la construcción, había abandonado la obra «por atender otras que tenía a su cargo», dejando las paredes levantadas «hasta la altura de vara o poco más del suelo» (es decir, menos de un metro). Recién en 1762 se retomaron las obras, que prosiguieron después de la consagración de la iglesia, por lo menos hasta 1789.

<sup>27</sup> Rubén González, op. cit., pág. 4. Fray González decía que eran para «terminar la iglesia». Buschiazzo, op. cit., pág. 73, señala que los gastos a partir de 1813, según los libros de cuentas de la Orden, fueron para reparar las bóvedas.

ya mencionada Del Rosario, luego a San Bartolomé, hoy México, para llegar a San Andrés, actual Chile y, cruzando el Zanjón de Granados, De la Concepción, hoy Independencia.

En la zona vivían varias familias que aportarían, en algunos casos con el debido merecimiento, en otros no, su apellido a gran parte del callejero porteño y nacional. Allí estaban los De Luca, los Sáenz, los Agüero, los Sarratea, don Vicente López y Planes, los Álzaga, los Martínez de Hoz, los Huergo, los Senillosa, los Zapiola, los Basabilvaso, los Obligado, los López Osornio, los Arana, los Díaz Vélez, los Liniers, los Pueyrredón y los Rivadavia.<sup>28</sup>

### *Las chicas Belgrano*

Es llamativo que las biografías de alguien como Manuel Belgrano, que fue uno de los primeros en nuestras tierras en reivindicar el derecho de las mujeres a la educación, apenas hagan mención de las integrantes femeninas de su familia. Suele decirse que no hay demasiada información sobre sus hermanas, lo que en todo caso más que una justificación resulta una muestra de cómo pervive el machismo en la cultura. Un rastreo por genealogías, diccionarios biográficos y memorias de la época<sup>29</sup> permite dar, al menos, un panorama de sus vidas, que muestran los rasgos de esas mujeres de fines de la época colonial e inicios de la independencia, en estos casos, de las pertenecientes a la elite mercantil porteña.<sup>30</sup>

Según la usanza de entonces, las cinco hermanas de Belgrano se casaron muy jóvenes; y como era propio de su clase social, lo hicieron con comerciantes, hacendados o funcionarios reales. María Florencia lo hizo a los 18, con el castellano y estanciero Julián de Gregorio Espinosa Rocha, bastante mayor que ella, con quien en 1777 tendría a su único hijo Julián Vicente, «Juliancito» en la correspondencia de su tío Ma-

---

<sup>28</sup> Luzuriaga, op. cit., pág. 19.

<sup>29</sup> Entre otras obras, cabe citar las clásicas de Enrique Udaondo, *Diccionario Biográfico Argentino*, Coni, Buenos Aires, 1938, y *Diccionario Biográfico Colonial Argentino*, Huarpes, Buenos Aires, 1945, y la de Vicente Osvaldo Cutolo, *Nuevo diccionario biográfico argentino (1750-1930)*, Elche, Buenos Aires, 1968. Un repositorio genealógico muy exhaustivo (basado en una variedad de fuentes) es el del sitio [www.genealogiafamiliar.net](http://www.genealogiafamiliar.net).

<sup>30</sup> Véase en *Mujeres tenían que ser...* cit., el capítulo «Mujeres en tiempos de revolución», pág. 149 y ss.

nuel.<sup>31</sup> Lamentablemente su madre y su padre murieron cuando Julián era niño, por lo que quedó a cargo de sus abuelos.<sup>32</sup> Don Domingo recibió la abultada herencia que engrosará notablemente la fortuna familiar.

También María Josefa se casó a los 18 con el sevillano José María Calderón de la Barca, diez años mayor que ella, con quien tuvo once hijos, cinco de los cuales murieron en la niñez. Calderón, que en Buenos Aires fue vista de Aduana, fue separado del cargo en 1812 y la Asamblea de 1813 le denegó el pedido de ciudadanía, todo lo cual sugiere que era sospechado de «realista».

Las otras tres hermanas se casaron aún más jóvenes. María del Rosario a los 14, con Juan Bautista Dargain Echeverría, un comerciante vizcaíno, con quien tuvo tres hijos. María murió antes que su hermano Manuel, en 1816. Juana María también tenía 14 en su primera boda, con otro peninsular, Ignacio Ramos Villamil, con quien tuvo siete hijos (varios fallecidos en la niñez) antes de enviudar, en 1810. Una de sus hijas, Flora Ramos Belgrano (1797-1877), además de ser una de las más longevas de la familia, se casaría en agosto de 1820 con su tío Miguel, hermano de su madre, en un caso de endogamia que no era infrecuente en la época.<sup>33</sup>

Como señala Arnoldo Canclini:

En Buenos Aires, se dieron casos de pedidos de licencia por consanguinidad y por afinidad. Así fue en 1687 cuando Francisco Gutiérrez de Paz la solicitó para casarse con Bernarda Imberto de Rocha, su prima en tercer grado. Por su parte, Sebastián de Onduña y Mondragón admitió haber tenido relaciones íntimas con una tía de su novia, pero igualmente recibió la licencia. Otro caso patético fue el de Ventura de Barrios que reconoció haberlas

---

<sup>31</sup> Manuel Belgrano, *Epistolario Belgraniano*, Taurus, Buenos Aires, 2001, pág. 45.

<sup>32</sup> Heredero de una gran fortuna, Julián Vicente de Gregorio Espinosa, entabló juicio de disidencia a su tutor y abuelo en 1794, cuando este se opuso a su matrimonio con Candelaria Somellera, de una rica familia salteña. Participó, como miembro del cuerpo de Montañeses, en la lucha contra las invasiones inglesas, estuvo vinculado al grupo «carlotista» en 1808-1809, al igual que su tío, y se convirtió en un rico hacendado, con propiedades en la Banda Oriental. Se estableció en Montevideo en 1815, fue senador uruguayo en 1830 y falleció en 1834.

<sup>33</sup> Quizás el caso más conocido sea el del general José María Paz, casado con Margarita Weild, hija de su hermana María del Rosario Paz y el médico escocés Andrew Weild.

mantenido con dos hermanas, Leonarda y Patricia de Vivancos, aunque quería casarse con la segunda, lo que consiguió.<sup>34</sup>

En 1812, Juana María se volvió a casar, con otro español, Luis Chas Pombo, padre de sus otros seis hijos, de los cuales solo tres llegaron a edad adulta. Finalmente, Juana Francisca se casó en noviembre de 1793, cuando le faltaba un mes para cumplir los 14, con el gaditano José María Fernández de Acevedo, quien en Buenos Aires llegó a ser teniente de milicias. De sus 16 hijos, solo siete llegarían a adultos.<sup>35</sup>

Esta simple enumeración permite corroborar el rol que entonces se asignaba a las mujeres en las familias de la elite mercantil porteña. A través de sus matrimonios, los lazos de parentesco contribuían a cimentar los vínculos de negocios. Una vez casadas, se esperaba de ellas que fuesen, ante todo, «esposas y madres». También permite entrever la altísima mortalidad infantil, de la que no estaban libres ni siquiera las familias más acomodadas.

### *Los varones de la casa*

También para los varones había dictados familiares en la elite de la sociedad colonial porteña, aunque, como señala Canclini, se tomaban algunas «licencias»:

en 1653 el viajero Acaratte du Biscay decía que los hombres de Buenos Aires «son enteramente devotos de Venus. Confieso que en cierta medida son disculpables en este punto, porque la mayor parte de las mujeres son extremadamente hermosas, bien formadas y blancas, y con todo tan fieles a sus maridos, que ninguna tentación puede influirlas a aflojar el nudo sagrado, pero también si los maridos transgreden, a menudo son castigados con el veneno o el puñal». Era frecuente que los caballeros llegaran a un casamiento de prestigio y que al mismo tiempo convivie-

---

<sup>34</sup> Arnoldo Canclini, *Sí, quiero. Historias y anécdotas del matrimonio en la Argentina*, Emecé, Buenos Aires, 2005, pág. 49.

<sup>35</sup> En otra muestra de endogamia, dos de los hijos de Juana Francisca se casarían con primos hermanos: Tomás Estanislao con Ana Antonia Chas (hija de Juana María Belgrano) y Rosario con Tomás Belgrano Melián (hijo de Joaquín Belgrano).

ran con una mujer de menor alcurnia. Esta doble relación solía perdurar y los hombres tenían entonces una «casa grande» con su mujer legítima y una «casa chica» en zonas periféricas, para su concubina y sus hijos.<sup>36</sup>

Además de esperar que la mayoría de los hombres de la casa «continuase el apellido», casándose y teniendo numerosa descendencia, en el reparto de roles entre ellos era de suponer que hubiera al menos un comerciante, un funcionario, un religioso, tal vez un abogado, acaso un militar. Aunque en un hogar de mercaderes se suponía que las cosas ocurriesen en ese mismo orden, con el primogénito preparándose para continuar los negocios del padre, en este aspecto los Belgrano González se apartaron un poco de la norma.

Los dos varones mayores se vincularían con la vida militar. Carlos José, tras un tiempo en España, adonde había sido enviado por su padre al igual que su hermano, regresó a Buenos Aires, donde en 1795 era teniente del Regimiento Fijo de Caballería, conocido como Dragones de Buenos Aires, y edecán del virrey Melo. Una década después, el virrey Sobremonte lo nombró comandante militar de la «Nueva Villa de San Fernando de Buena Vista».<sup>37</sup> Entre sus responsabilidades estaba la de supervisar las obras del puerto y del canal de San Fernando, que quedaron suspendidas por la primera invasión inglesa, que llevó a Carlos a sumarse a las fuerzas reconquistadoras traídas por Liniers. En noviembre de 1806, se casó con su prima hermana, María Josefa Sánchez González, con quien tuvo cuatro hijos, dos de ellos muertos en la infancia.

Luego retomaría su cargo en San Fernando, tanto bajo el virrey Cisneros como con la Primera Junta, que amplió su jurisdicción también a Las Conchas, hasta 1812, cuando fue puesto al frente de la comandancia de Luján, cargo en el que murió en 1814.

---

<sup>36</sup> Canclini, op. cit., pág. 22.

<sup>37</sup> Una violenta sudestada, en junio de 1806, había arrasado el puerto de Las Conchas, en el Delta, lo que llevó a Sobremonte a ordenar la construcción de otro en terrenos más altos, en lo que entonces se conocía como «la Punta». Así surgió la «Nueva Villa», bautizada de San Fernando en honor al príncipe heredero de la corona (el futuro Fernando VII). La piedra fundamental fue colocada en febrero de 1806, cuatro meses antes de la invasión inglesa. Tanto el antiguo puerto de Las Conchas como el nuevo de San Fernando eran los usados más frecuentemente para el cabotaje con Colonia, y eran la alternativa al de Buenos Aires. Liniers desembarcó allí sus tropas, traídas desde Colonia, en la Reconquista.

El segundo hijo de los Belgrano-González Casero, José Gregorio, nacido en 1762, de joven fue portaestandarte del Regimiento de Milicias de Caballería, fuerza voluntaria que se convertiría luego en «milicia reglada», es decir, permanente. Por un tiempo, representó los intereses comerciales de su padre en el Alto Perú, su correspondencia lo muestra en Potosí y en Chuquisaca hasta al menos fines de 1786, pero a su regreso a Buenos Aires se reincorporó a la milicia. En 1803 tenía el grado de capitán, y como tal combatió en las invasiones inglesas. Participó del Cabildo abierto del 22 de mayo de 1810 y su carrera militar continuaría tras la Revolución de Mayo, pero no saldría de Buenos Aires durante la guerra de la independencia. En 1801 se casó con María Casiana Cabral, quince años menor que él, con quien tuvo siete hijos. Algunos datos, como su ascenso a teniente coronel después de la separación de los «moronistas» de la Junta Grande, en abril de 1811, sugieren que era partidario de Saavedra.

El tercero de los varones, Domingo José Estanislao, nacido en 1768, se ordenó sacerdote, tras graduarse en Filosofía y doctorarse en Teología en la Universidad de Córdoba. Fue cura interino de la parroquia de la Concepción y, después, canónigo de la Catedral y miembro del Cabildo Eclesiástico porteño. Integró el clero criollo abiertamente identificado con la Revolución de Mayo, por lo que era muy reconocido. Pero fue también quien posiblemente haya traído el mayor disgusto a una familia tan beata como eran los Belgrano González: en 1805 tuvo un hijo con Mauricia Cárdenas, una «parda libre» que trabajaba en la casa.<sup>38</sup> El chico fue criado como propio por Joaquín Belgrano, hermano de Manuel y Domingo, para evitar el escándalo que suponía para la sociedad de entonces un hijo ya no solo «natural» y mulato sino también «sacrílego».

Generoso y atento a la cultura popular como su hermano, al crearse la Biblioteca Pública, en 1810, Domingo donó todos sus libros, y contribuyó económicamente al sostenimiento del ejército patriota. Murió en 1826, seis años después que Manuel.

Francisco, el quinto de los hijos varones, sí se dedicó al comercio. Apoderado de la sucesión de su padre, continuó los negocios y, como correspondía entonces, también ocupó cargos en el Cabildo, fue re-

---

<sup>38</sup> Véase Ricardo Lesser, «Santos varones», *Caras y Caretas*, N° 2242, enero de 2010.

gidor y defensor de menores y, en 1815, alcalde de segundo voto. En octubre de 1812 fue elegido vocal suplente del Segundo Triunvirato (como reemplazante de Nicolás Rodríguez Peña) y por esas curiosidades de la política, diputado por Salta en la Asamblea de 1813. Falleció soltero, en 1824.

También Joaquín Cayetano fue comerciante, Ministro honorario de la Real Hacienda y funcionario del Cabildo. En la sesión del 22 de mayo de 1810 votó por la cesación del Virrey y, ya en el período independiente, integró el Consulado. Fue representante por San José de Flores en la Legislatura bonaerense en 1825, al año siguiente fue diputado por la capital en el Congreso General Constituyente, comandante del 2° batallón del Regimiento de Milicia Pasiva, miembro del Senado consultivo y en 1843, juez de paz de la parroquia de Monserrat. Además de hacerse cargo de su sobrino, hijo de su hermano Domingo, adoptó otros seis chicos, al no poder tener hijos propios con su mujer, Catalina Melián, con quien se había casado en 1808.<sup>39</sup> Al igual que sus padres, Joaquín entró en la Orden Tercera de Santo Domingo, y fue el más longevo de sus hermanos: murió en su quinta de San José de Flores durante el gobierno de Juan Manuel de Rosas en 1848, a los 75 años.

La vida de Miguel Belgrano, nacido en 1777, en cierto modo transcurrió en el sentido inverso a la de su hermano Manuel. Enviado a España, ingresó en una academia militar y en la Guardia de Corps, la fuerza de elite de la corona española, destinada a la custodia personal de la familia real. En el año 1800, participó en la defensa del puerto de El Ferrol (Galicia), atacado por los ingleses, y su destino parecía ser seguir la carrera militar en España, donde se casó con María de Yrazábal. Pero su vocación era literaria, y en sus cartas a la familia porteña solía incluir sus versos, algunos de ellos, publicados en el primer periódico porteño, el *Telégrafo Mercantil*. En 1810, como otros oficiales americanos, obtuvo la baja del ejército español y regresó a Buenos Aires, donde siguió sus intentos poéticos, ahora con fibra patriótica (como los dedicados a los triunfos de San Martín y O'Higgins en Chacabuco y Maipú) y se dedicó a la enseñanza, que lo llevó a ser

---

<sup>39</sup> Según Lesser (op. cit.), al menos uno de esos chicos también era «hijo natural», en este caso de un hermano de Catalina, José Antonio Melián y Correa, uno de los oficiales de Manuel Belgrano en la expedición al Paraguay y luego coronel del Ejército de los Andes.

rector, en 1823, del Colegio de Ciencias Morales, continuador del Colegio de San Carlos. Tras enviudar de su primera mujer, se casó con su sobrina, Flora Ramos Belgrano. Falleció en 1825.

El más joven de los varones, Agustín, fue militar como sus hermanos mayores, pero se desempeñó en la Banda Oriental, como oficial del Cuerpo de Blandengues de Montevideo. Y aunque el dicho asegura que «nadie muere en las vísperas», falleció en mayo de 1810, pocos días antes de la Revolución.

### *La Buenos Aires virreinal*

Dada su estrecha relación con los dominicos y la cercanía con su convento, es posible que los Belgrano González –al menos, los varones– hayan aprendido sus «primeras letras», como se decía entonces, en la Escuela de Dios del Convento de San Pedro Telmo que la orden tenía en Buenos Aires, donde enseñaba fray José de Zemborain.<sup>40</sup> Sí se sabe con certeza que luego cursaron estudios en el Real Colegio de San Carlos, inaugurado en 1773 por el entonces gobernador de Buenos Aires, Juan José de Vértiz, utilizando las instalaciones que habían pertenecido al colegio de los jesuitas, expulsados cinco años antes. El «chancelario y regente» y redactor del reglamento de estudios de la nueva institución era el hombre que había bautizado a Manuel, el padre Maciel, que siguió en ese cargo por catorce años.

Aún estaba Maciel en el colegio cuando Manuel Belgrano ingresó a esas aulas. En su autobiografía, recordará que además de las primeras letras, en Buenos Aires aprendió «la gramática latina, filosofía y algo de teología».<sup>41</sup> Por entonces, al frente de la cátedra de filosofía estaba

---

<sup>40</sup> Rubén González, op. cit., pág. 6. Nacido en España en 1741, hijo de una familia «linajuda», José Matías Guillermo de Zemborain llegó a Buenos Aires hacia 1758, como comerciante. Ingresado en la Orden Tercera de Santo Domingo, en 1766 liquidó sus propiedades y dos años después tomó los hábitos, como fraile lego. Desde 1770 hasta 1783 enseñó en la escuela de Santo Domingo y murió en 1804. Tras su muerte, algunos devotos donaron al convento su retrato, pintado por el artista italiano Ángel María Camponeschi, al que en 1808 el Cabildo consideraba «el mejor pintor» de Buenos Aires (Véase Marcela F. Garrido, *4. Buenos Aires: cultura colonial. Colección Bicentenario*, Museo Roca, Buenos Aires, 2010, pág. 32).

<sup>41</sup> Manuel Belgrano, *Autobiografía...* cit., pág. 52.

Luis José de Chorroarín, ahijado de Vértiz, otro clérigo «ilustrado» que tendría participación destacada en los tiempos revolucionarios.<sup>42</sup>

### *Quejas contra «el Colegio»*

La imagen idílica del Colegio queda un poco desdibujada por el testimonio del vecino Joseff García, padre de dos estudiantes de la institución, que se quejaba de «los graves desórdenes que hay en el gobierno del Seminario de San Carlos... en el manejo de sus bienes, dimanado del abandono y avaricia del rector don Luis Jossef de Chorroarín».<sup>43</sup> García denunciaba que:

La comida es el peor alimento que pueda darse, pues a manera del que se reparte en la cárcel a los presos se hace en el Colegio. Estos niños no toman más que aquel ordinario de olla con carne y coles, y un guisote sin otro compuesto, porque el asado que tanto apetecen es contrabando. El almuerzo son pasas apolilladas con un mendrugo de pan de la peor masa y construcción, porque el fin del rector es comprar lo más barato y peor, cosa que los colegiales tengan que arrojarlo y ocurrir a sus padres, como lo hacen, por el alimento necesario, pues aún no entran en el colegio cuando empiezan a padecer del estómago por lo repugnante que les es la comida que les ponen llena de bichos, una misma todos los días, y desaseada.<sup>44</sup>

El vecino se indignaba al señalar que mientras esta era la dieta del comedor comunitario, el rector comía en su cuarto otro menú en el que no faltaba nada.

---

<sup>42</sup> Nacido en Buenos Aires en 1757, Luis José de Chorroarín se ordenó sacerdote en 1780. En el Real Colegio de San Carlos fue profesor de filosofía, prefecto de estudios y, desde 1791, rector por veinticinco años. Participó en el Cabildo Abierto del 22 de mayo de 1810, votando por el cese del virrey Cisneros. En 1811 fue nombrado director de la Biblioteca Pública, y fue quien efectivamente la organizó y puso en funcionamiento. En 1815 fue diputado a la Asamblea, y en 1817 al Congreso de las Provincias Unidas (ya instalado en Buenos Aires). Fue quien propuso agregar el sol en la bandera de guerra. Murió en 1823.

<sup>43</sup> Facultad de Filosofía y Letras, *Documentos para la Historia Argentina*, tomo XVII: «Cultura. La enseñanza en la época colonial 1771-1810», citado en *Todo es Historia*, N° 65, septiembre de 1972, «El desván de Clfo».

<sup>44</sup> *Ibidem*.